

# Revista de Guimarães

Publicação da Sociedade Martins Sarmento

## UN ALTAR DE SACRIFICIOS HUMANOS.

CONDE-VALVIS FERNANDEZ, Francisco

Ano: 1961 | Número: 71

---

### Como citar este documento:

CONDE-VALVIS FERNANDEZ, Francisco, Un altar de sacrificios humanos. *Revista de Guimarães*, 71 (3-4) Jul.-Dez. 1961, p. 375-390.

---

Casa de Sarmiento  
Centro de Estudos do Património  
Universidade do Minho

Largo Martins Sarmento, 51  
4800-432 Guimarães

E-mail: [geral@csarmento.uminho.pt](mailto:geral@csarmento.uminho.pt)

URL: [www.csarmento.uminho.pt](http://www.csarmento.uminho.pt)



Este trabalho está licenciado com uma Licença Creative Commons  
Atribuição-NãoComercial-SemDerivações 4.0 Internacional.

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

# Un altar de sacrificios humanos

Por FRANCISCO CONDE-VALVÍS FERNÁNDEZ

---

Hoy nos proponemos dar noticia del hallazgo conseguido por nosotros de un interesantísimo altar de sacrificios humanos que, por su magnitud, situación, circunstancias que le rodean y su construcción, será, sin duda alguna, único en esta región gallega.

En una de nuestras excursiones arqueológicas realizada durante cinco días por las abruptas montañas, próximas a la frontera portuguesa en esta provincia y, no por cierto en fogoso corcél ni cómodo galápago, entre las muchas cosas de carácter antiguo que hemos tenido ocasión de observar, las cuales, para ponerlas al descubierto o estudiarlas con detenimiento sería necesaria una subvención oficial de la cual, por suerte o no suerte, jamás hemos disfrutado, ya de regreso y a unos 300 metros de nuestro camino, pudimos observar unas enormes peñas, cual construcción ciclópea, que, si nos impresionaron desde el primer momento, hacíanos pensar a medida que nos acercábamos a aquel monumento, que había sido destinado a un importantísimo altar de sacrificios humanos.

Estábamos ante un monumento en el cual la religión de nuestros antepasados dejó vestigios de cultos anteriores a la difusión del Cristianismo.

Nuevas notas para nuestro particular archivo arqueológico y unas fotografías que las acompañarían, aumentaron el haber, ya de suyo interesante, que traíamos celosamente guardadas de aquella fructífera excursión.

Y este altar de sacrificios humanos, que otras veces más hemos tenido que visitar para su mejor estudio,

está situado en una estivación del afilado monte denominado Cerro de Aguioncha, que tiene una elevación de 1.395 metros sobre el mar. Dicha estivación forma, a su vez, ámplia planicie, al extremo Sur de la cual se yergue, magestuoso, aquel altar denominado hoy, Penedo das Fatigas. Está como presidiendo una extensión de terreno que, por las circunstancias que lo rodean, no dudamos fuese un día lugar de juntas, ceremonias y asambleas de nuestros antepasados.

Desde aquélla altura se dominan las sierras de Larouco, cuyo pico más alto, ya en territorio portugués, se eleva a 1.525 metros; Sierra de Pena; Pico de Fontefría, con sus 1.633 metros; Sierra del Jurés, divisoria de Portugal y 1.434 metros; Sierra de Leboreiro; Montes de Bande y Calvo, y por el Norte, se ve gran parte del extenso valle de la Laguna Antela.

Y ahora, antes de entrar en la descripción de este interesante monumento, permítasenos, aún en contra de nuestra costumbre, hacer un poco de historia sobre los sacrificios humanos que en él tendrían lugar, por considerarlo así necesario.

## Historia

Los sacrificios humanos es una de las mayores arrentas que sufre la humanidad. Si todos los pueblos demostraron su reconocimiento a una divinidad desde los más remotos tiempos, esta manifestación es un hecho que se repite al ofrecer tales sacrificios a un ser soberano, queriendo aplacarlo a medio de víctimas y ofrendas.

Al leer en los autores, lo mismo antiguos que modernos las descripciones de la inmolación de víctimas humanas, para conseguir el favor de los dioses, no podemos menos de sentir un estremecimiento de horror ante la aberración monstruosa que representan tales prácticas.

Bien quisiera la Historia poder negar este incontestable hecho practicado desde los más remotos tiempos por Fenicios, Egipcios, Árabes, Persas, Griegos, Romanos, antiguos Bretones, Galos, etc. Aún hoy, en las Indias y en el interior del África están hundidos en esta horrible superstición.

En todos los tiempos de la humanidad, cada pueblo, cada religión y aún cada familia sentían la necesidad de la expiación a medio de sacrificios humanos. Siempre se han atormentado víctimas al pie de un altar, y la del hombre fué tenida por la más propicia a los dioses, creyendo así apaciguar la cólera celeste y reconciliar la Tierra con el Cielo.

Sin la efusión de sangre no podían ser perdonados los pecados ni borrada la mancha del crimen.

Esta expiación, que para alcanzarla hubiese sido en todos los pueblos a medio de sacrificios y siempre los únicos e invariables métodos, resulta sorprendente.

Si nos remontamos al por qué de tales sacrificios, creemos que estos serían una forma del medio de expiación con que Dios quiso rehabilitar al género humano. Admitida esta solución, se comprende el origen de este uso que se toca con el del hombre.

No se sabe a ciencia cierta quien fué el primero que aconsejó tan atroz barbarie. En un fragmento de Sancromaton, (1) autor fenicio, el más antiguo historiador y el más cruel enemigo del Cristianismo, dice parece atribuirse a Saturno. Y Pausanias, (2) rey de Esparta, que si fué Licaón. Por la inmolación de víctimas humanas, ya Moisés reprendió a los amorreos.

Tenemos que convenir que el origen de estos sacrificios debió ser, en los tiempos anteriores a la muerte de Jesucristo un algo figurativo del gran medio de expiación, pues si bien es cierto que esta abominable costumbre se toca con el origen del hombre, no lo es menos que la época precisa de su abolición, concuerda con la de Cristo.

Si los sacrificios humanos no pueden explicarse ni por la locura, ni por la razón, ni por la casualidad, es decir, en sus aberraciones, al ponerlos en relación, con el grande sacrificio de Jesucristo, entonces su carácter es el de la razón y el de la sabiduría.

Uno de los dogmas establecidos por los druidas, era que los dioses no podían satisfacerse más que por medio de su cambio y que el sólo precio bastante para rescatar a un hombre era la vida de otro hombre.

---

(1) Sancromaton, «Preparación Evangélica».

(2) Pausanias, «Biografía Universal» de Michaud.

Los testimonios de César, Plinio, Tácito y otros verídicos escritores, no dejan duda de que los germanos y los galos inmolaron víctimas humanas, no sólo en los sacrificios públicos, sino también en los que ofrecían para la curación de particulares. En los sacrificios públicos se inmolaban a personas inocentes y, en los privados, se degollaban a menudo personas que voluntariamente se consagraban a esta especie de muerte.

Los romanos, según una ley de Régulo, (1) consagraban a Plutón y a los dioses infernales las personas, reos de diferentes delitos, como la traición, la rebelión, etc., y podía cualquier persona matarlas impunemente.

En América, a fines del siglo xv, vemos la misma creencia. Los sacerdotes mejicanos exigían todos los años hasta 20.000 víctimas y, de no tenerlas, se declaraba la guerra a un pueblo cualquiera. En caso de necesidad los mejicanos inmolaban sus propios hijos.

Solís (2), en el discurso de Magiscatzin a Cortés, dice: «No podían formarse idea de un verdadero sacrificio, si alguno no moría por la salud de los otros».

Platón (3), nos asegura que los antiguos no creían que entre el *espíritu* y el *cuerpo* pudiera haber un lazo o contacto de ningún género, de manera que el alma era para ellos una especie de medio proporcional, o de poder intermedio, en que descansaba el espíritu, así como ella descansaba en el cuerpo.

Y Homero (4), «que la elección de la víctima era la tercera y la más importante del sacrificio. Debía ser sana y sin mancha».

Es posible que las primeras víctimas hayan sido personas condenadas por la ley, pues según César (5), «el suplicio de los culpables es cosa agradable a los dioses».

---

(1) Régulo, «Lex Prod.»

(2) Solís (Antonio), «Conquista y Progresos de la América Septentrional», Ed. 1684.

(3) Platón, Tim. Opp. T. IX. pgs. 312, 386.

(4) Homero, II, A, V, (6).

(5) César, De B. Gall. VI, 16.

También Tito Libio (1) dice: «Los magistrados tienen derecho para hacer degollar como víctimas de expiación».

Según leemos en Macrobio (2), en los tiempos de la República se sacrificaban cada año víctimas humanas.

Y acaso fuese Grecia, según nos dice el gran historiador Pausanias (3), el país que más raramente ofreciese sacrificios de víctimas humanas.

De nosotros, los gallegos, dice el antiquísimo historiador Estrabón (4), al referirse a los lusitanos, que vivían junto al Duero y que adivinaban en las entrañas de las víctimas, lo siguiente: «Son muy dados los gallegos a los sacrificios. Las ofrendas al dios de la guerra son los caballos y machos cabrios. También en las ocasiones solemnes tributan a los dioses hecatombes en que se inmolan más de 100 víctimas».

A propósito de estas hecatombes que dice Estrabón, nos habla César (5) que: «En algunas comarcas se fabrican colosales maniqués que se llenan de hombres vivos y se les pone fuego para que los desgraciados perezcan entre las llamas. Los galos, añade, prefieren inmolar así, como más agradable a los dioses, los ladrones y otros criminales, pero en su defecto no temen sacrificar inocentes».

Esto, lo sabemos también por Diodoro (6) y César (7).

Nos relata Régulo (8) que el rey Moab «ofreció su hijo en holocausto, sobre los mismos muros de su capital, invadida por los Isrraelitas, para que los dioses le favoreciesen».

Y, de nuevo, César (9) nos dice que los Druidas creían que el suplicio de los culpables era cosa agradable a los dioses.

(1) Tito Libio, VIII, 10.

(2) Macrobio, «Saturnales» I, 7.

(3) Pausanias, «Voyage historique à la Grèce».

(4) Estrabón, Lib. III.

(5) César, Lib. VI, cap. XVI.

(6) Diodoro, Biblioteca, V 32.

(7) César, De Bello Gall., VI 17.

(8) Régulo, Libro IV, c. 4, vers. 27.

(9) César, De B. G. VI, 16.

Si Plinio (1), y lo mismo Diodoro de Sicilia (2), han dejado extensas y copiosas noticias sobre la cruelísima costumbre de los sacrificios, no hay ningún historiador moderno que reúna más número de datos sobre estos sacrificios que Maury (3), ni tampoco historiador antiguo que más detalles nos haya dejado de las inhumanas ceremonias de los sacrificios, que el gran Estrabón (4), y esto mismo lo dice Atene (5), cuando nos relatan y dicen que los lusitanos eran solícitos sacrificadores.

Asímismo Cicerón (6) asegura que «los galos inmolaban víctimas en honor de los dioses».

Y Murguía (7) asegura, asímismo, que esta práctica feroz, en Galicia, fué debida a los fineses.

Aún hoy, en nuestros días y en la India, dominada hasta hace poco por los ingleses, tienen costumbres religiosas no menos horribles. Se hacen sacrificios en honor de la diosa Tierra y para ello riegan el suelo con sangre humana para que sea fértil. A tal fin, compran hombres y muchachos a ciertos proveedores llamados *pauwas*, que arrebatan a los indios que habitan las llanuras.

En el Capítulo iv del Génesis (8), se refiere que Caín y Abel, instruidos sin duda por su padre, ofrecieron al Señor sacrificios y oblaciones.

Menciona también el sagrado texto el sacrificio de Noé después del diluvio, quien, tomando animales y aves puras y limpias, las ofrecieron en holocausto al Señor. (9)

De Abrahám, se menciona asímismo, en especial, dos sacrificios: el que ofreció por orden de Dios, cuando el mismo Señor hizo pacto con él y le presentó la tierra

(1) Plinio, Lib. XXVIII.

(2) Diodoro de Sicilia, Lib. I, vers. 31.

(3) Maury, «Religions de la Grèce».

(4) Estrabón, «Geografía» III, 3, 6, y III 3, 7.

(5) Atene, IV, 3.

(6) Cicerón, Pro. Fonteius. X, 14, 21 y «Republica» III, 15.

(7) Murguía. «Historia de Galicia», T. II.

(8) Gen. Cap IV.

(9) Gen. 8, 21.

de Canaan (1), y el de su hijo Isaác, a quien, también por orden de Dios, quiso inmolar en holocausto, y que fué sustituido por el carnero que ofreció en vez de su hijo (2).

Sacrificio cruento, o con sangre, llaman aquéllos que se ofrecían como medio de expiación (3). Y el Apóstol dice que sin efusión de sangre no se obtiene la remisión (4).

De Maistre (5), hombre adicto a las antiguas doctrinas, que las defendió, a pesar de algunas extrañas e insostenibles paradojas de sus obras, diremos su opinión: «Los hombres nunca dudaron de que la inocencia podía satisfacer por el delito, y creyeron además que había en la sangre una fuerza expiatoria: de modo que la *vida*, que es la sangre, podía rescatar otra vida. Examinemos esta creencia, dice, y se verá que si el mismo Dios no lo hubiese puesto en el corazón del hombre, nunca hubiera podido tener principio. Las grandes palabras de superstición y preocupación no significan nada, pero no puede nunca subsistir un error universal y constante. La creencia, de que se habla, no sufre excepción de tiempos ni lugares. Naciones antiguas y modernas, bárbaras y civilizadas, épocas de ciencia y sencillas, religiones verdaderas o falsas, no presentan ni una sola disonancia en el Universo. La idea del pecado, de tal modo se había unido antiguamente en el entendimiento del hombre con la del sacrificio por el pecado, que la lengua santa expresaba una y otra con la misma palabra, de modo que San Pablo dijo que el Salvador se hizo pecador por nosotros (6). En esta teoría de los sacrificios se deduce también el uso inesplicable de la circuncisión practicado en tantas naciones antiguas y perpetuado hasta nuestros días por los descendientes de Isrrael con una constancia no menos explicable, y que los navegantes del último

---

(1) Gen. 15, 9-21.

(2) Gen. 21, 1-13.

(3) Lev. 17-11.

(4) Hebr. 9,22.

(5) Maistre (José Maria), Traducción del Tratado de Plutarco.

(6) II Cor. V, V, 21.

siglo encontraron en el mar Pacífico, en Méjico, en la Dominica y en la América septentrional hasta los 30° de latitud. Pudieron algunas naciones variar el modo, pero siempre se halla una operación dolorosa y sangrienta, esto es, anatema sobre la generación humana y salvación por medio de la sangre. Estos eran los dogmas que el hombre profesaba desde su caída, cuando la gran Víctima que se elevó para atraerlo todo sobre sí, exclamó en el Calvario: «Todo se ha consumado».

### Asambleas

Las asambleas o campos político-religiosos, que siempre se celebraban en las proximidades de las ciudades y generalmente en los bosques, tenían lo mismo el carácter de espectáculos o fiestas, que en ellas se oían los angurios de los sacerdotes, que desde el altar de sacrificios eran los encargados de pronosticar, a la vista de las entrañas de las víctimas, los augurios sobre el porvenir, como la decisión del jefe o más viejo declarando una guerra, arrastrado, acaso por el clamoreo de aquéllos pueblos jóvenes y vigorosos para quienes la lucha era condición indispensable de existencia.

Ya en los tiempos primitivos había un Consejo para la intervención en los asuntos públicos.

En los estados griegos tuvieron gran importancia sus asambleas desde la época homérica.

A estas ceremonias también eran invitadas las personas que ejercitaban altos cargos para que elevasen, asimismo, sus ofrendas a los dioses, y los hombres cuyo honor había sufrido alguna mancha o dado pruebas de poco valor, no eran admitidos a estas reuniones.

En el pueblo romano se llamaban *comicios* las juntas de reuniones para deliberar acerca de los negocios públicos, (*comitia*, a *comeundo*). También existían las asambleas parroquiales, que aún hoy en esta provincia y en la zona de la Límia se llama a la reunión, (*o Concello*), a los vecinos de la parróquia al toque de una campana para las deliberaciones o acuerdos a tomar. Reminiscencia, sin duda, de la llamada que haría al jefe del «Clan» para las reuniones en nuestros castros.

Según Dionisio (1), más tarde, los romanos se reunían en el Capitolio para la formación de las leyes.

De lugares de asambleas, reconocidos como tales, podemos señalar, entre otros, para los celtas, los *Campos de Carnac* y el de *Ager Sedetenus*; el *Lucus Asturum* de Ptolomeo; en *Castra Aelia* convocó Sertorio varias asambleas. Otra importante, la de *Volance* en Calatañazor. Fernando Guerra (2) nos habla del Drunémeton. La de *Axenia* y la de *Colenda*, ambas de los celtíberos. Asimismo, la célebre de *Bilbilis*. También los germanos, en el llamado *Campo de Mayo*, celebraron importantes reuniones o asambleas. Otra importante, en tiempo de Adriano, fué la Asamblea panhelénica.

Como hemos dicho al empezar, este altar está situado en amplia llanura que sin duda alguna sería en él donde nuestros antepasados los *Querquernos*, como dice Ptolomeo, y según el Itinerario de Antonino Pío, que nosotros hemos estudiado (3), pasaba próxima de aquella tribu y de la cual hablaremos más adelante.

## Altares

Los paganos distinguían tres clases de altares para los sacrificios. Aquéllos en los cuales se sacrificaban víctimas humanas a las divindades estaban aislados en las campiñas y no eran precisamente peculiares del pueblo judaico, pues las enormes masas de piedras levantadas por los celtas, que elegían y aún preparaban para su uso, parecen haber servido de lugares de sacrificio en las ceremonias druidas. Los griegos los levantaban también sobre la cima de las colinas y las montañas, dedicándolos a las divindades del Olimpo. También los romanos destinaban en honor de tales divindades los sitios más elevados.

A estos altares los denominaban *altaria*, de *altus*, elevado, y *ara*, altar.

Los altares destinados a los dioses celestes eran de mediana elevación: los denominaban *arae*.

---

(1) Dionisio, IX, 11 y 4.

(2) Fernando Guerra, «Cantabria».

(3) Francisco Conde-Valvis, «La «Cibdá» de Armea».

Para los dioses infernales, los altares consistían en un agujero en la tierra, en el cual degollaban las víctimas. A estos, los llamaban *scrobiculi*.

Nos dice Webb (1), que en las medallas de las antiguas colonias paganas, se ven con frecuencia, en el relieve, un altar, porque los primeros cuidados cuando se fundaba uno de estos establecimientos en cualquier lugar, era el erigir un altar y ofrecer, en él, sacrificios.

Si para sacrificar víctimas humanas y poder vaticinar por su agonía, muerte, convulsiones y análisis de las vísceras, se necesitaban sitios apropiados para estas ceremonias, los antiguos escogían peñas nativas, o rocas sin labra.

Los muy contados altares, que como tales conocemos, son toscos, tanto, que a veces hemos llegado a pensar si las tribus judaicas, después del paso del Jordán, cuando en la cima del monte Heval, según el Deuteronomio (2), recibieron la orden de—«Elevareis allí un altar al Señor vuestro Dios, con piedras que el hierro no haya tocado, con rocas vivas y no trabajadas», era ya, desde la más remota antigüedad un algo de carácter general y religioso. Las enormes masas de piedra levantadas por los celtas, parecen haber servido de lugares de sacrificio en las ceremonias de los druidas.

Y estos altares consistían, por lo general, en una concavidad en la parte más elevada del monumento donde pudiese caber la víctima, provista de cazoletas y regueros practicados en su fondo para la mejor recojida de la sangre.

Y es fácil que estos altares, como el que estudiamos, aprovechando también una cavidad más o menos profunda que, por la erosión fué producida por el agua, el viento y demás agentes atmosféricos en el transcurso de los siglos y con algunas modificaciones y ampliaciones, como veremos más adelante y que, en este que estudiamos, no han sido pequeñas: su situación, elevación y demás circunstancias, no podemos dudar que ninguno como este, denominado hoy Penedo das Fatigas, haya sido el más indicado para tales fines.

---

(1) Webb, «Écrits».

(2) Deuteronomio, Cap. 28.

## El altar del «Penedo das Fatigas»

Como decíamos al principio, tan característicamente se presenta este monumento y tan vivamente impresiona por su aspecto, que no se puede dudar fuese otra cosa que un altar de sacrificios humanos.

En la Lámina I, cuya fotografía hemos obtenido la primera vez que vimos este altar, colocamos en él, en la posición que colocarían a la víctima, al guía que nos acompañaba en aquella excursión.

La pila en la cual era colocada la víctima, es cual gran sillón en que podía estar tumbada con las piernas colgando al exterior. Ésta oquedad tien a su alrededor, menos en la parte en que sobresale el cuerpo, una altura media de 0,30 metros. El fondo tiene una inclinación hacia el exterior, acaso para la mejor presentación al público de la víctima y que el arúspice pudiese, más fácilmente, contemplar las entrañas al vaticinar el porvenir.

En dicha oquedad o sillón hay unas especie de cazoletas, que comunican con dos regueros que a su vez se unen a unos canales, que salen al exterior atravesando el peñasco a medio de unos agujeros de 0,30 metros de longitud cada uno y de un diámetro medio de 0,025 metros.

Los tales agujeros serían destinados a recoger, en la parte exterior, la sangre para que el *victimarius* rociase con ella, a guisa de hisopar, a las personas allí congregadas: justificación, desgraciadamente muy acreditada en los siglos de barbarie. Estas salidas pueden observarse en la Lámina I. La de la izquierda, más visible, está situada a la mitad de la altura de la pierna derecha del guía que nos acompañaba. La de la derecha está un poco oculta por el pantalón y casi en el arranque de este, de su pierna izquierda, de aquel buen hombre, que mal sabía él, cuando le colocamos en aquella posición, lo que estaba representando.

Y no podemos menos de pensar como se las agenciarían aquellos constructores para la perforación de los 0,60 metros de longitud de los orificios atravesando el peñasco con objeto de recoger la sangre de la víctima, pues según el Deuteronomio, que ya hemos citado, nos dice: «Elevareis un altar al Señor, vuestro Dios, con piedras que el hierro no hubiese tocado...». Sólomente una gran dosis de paciencia y largo tiempo, con un

trozo de sílex enmangado en un palo, constituiría la especie de broca para tal perforación.

Este monumento tiene una altura total de 8 metros, siendo la del peñasco en el cual está situada la oquedad o sillón para la víctima, de 2 metros. La circunferencia de aquel bloque es la de 5,50 metros y con una longitud de 2,25 metros y un ancho, también medio, de 1,50 metros.

Dicho altar está orientado de Norte a Sur: es decir, dando frente al campo o asamblea, su parte Norte.

En la Lámina II puede observarse dicho altar lo mismo que en la Lámina I, pero en su totalidad.

Para poder subir en aquel entonces a este altar, bien se deja ver que existía una escalera, hoy parte de ella desaparecida. Efectivamente, las piedras que aún se conservan en su fondo, fueron colocadas para formar dicha escalera y, con otras que, como decimos, faltan, conducirían desde este comienzo a las tres piedras horizontales situadas más arriba y poder llegar a la plataforma en la cual estaría colocado el sacerdote o arúspice.

Este altar está situado en el solar de los *Querquernos*, *Quacernos* según Ptolomeo y, según el Itinerario 18 de Antonino, de la vía romana de Braga a Astorga, que nosotros hemos estudiado (1), se llamarían *Querquernos*, nombre tomado, acaso, de la abundancia de robles o carballos (*quercus*) en aquella zona.

De estos *Querquernos* nos habla la inscripción del centro romano de la región durio-transmontana, llamada *Aquae Flaviae* al enumerar las diez ciudades de los *Aquiflavienses*, *Aobrigenses*, *Bíbalos*, *Celerinos*, *Equesios*, *Interámicos*, *Límicos*, *Nebisócios*, *Querquernos* y *Tamaganos*.

Al lado de estos *Querquernos* estaban los *Tamaganos* en el Valle de Monterrey y también los *Aquiflavienses* de los *Límicos*, en la Laguna Antela.

La ciudad de los *Bíbalos* citada por Plinio (2), después de los *Brácaros*, y por Ptolomeo (3), entre los *Celerinos* y

(1) Francisco Conde-Valvis, «La «Cibdá» de Armea».

(2) Plinio, III. L.

(3) Ptolomeo, II, 6.

los *Límicos*, tribu cuya capital, aunque mucho lo dudamos, dicen que era el *Forum Bibalorum*.

Los *Aquiflavienses*, los *Límicos*, los *Querquernos* y los *Tamaganos*, son conocidos, pues, con exactitud.

Como hemos indicado, nuestro altar está situado al extremo de amplia llanura que sin duda alguna, sería el lugar en que los *Querquernos* celebrarían sus asambleas.

## Sacerdotes

Nos dice Platón (1) que los encargados de obtener preságios, lo mismo de las entrañas de las víctimas, que de los fenómenos metereológicos, temblores de tierra, relámpagos, es decir, de todos los acontecimientos que tenían un carácter sobrenatural, eran denominados por los romanos con el nombre de *aruspex*, de *ara*, altar, y del verbo *aspicere*, mirar.

Los *aruspices*, (*ab extis victimarum in ara inspiciendo*), expertos en esta clase de adivinación, decían conocer la voluntad de los dioses y por consiguiente predecir el porvenir.

Las insignias de estos sacerdotes eran una toga rayada, de púrpura, que se llamaba *tabea*: un bonete en forma cónica, como el de los pontífices y un pequeño bastón encorvado para señalar las diversas regiones del cielo.

La adivinación por el examen de los intestinos de las víctimas se remonta a la más alta antigüedad y nos hace pensar que su nacimiento fuese en Asiria, desde donde pasó a los griegos y a los romanos.

Entre los galos y britanos había unos sacerdotes denominados druidas, palabra que significa mago, augur, adivino. Los hubo, no solamente en la España habitada por los pueblos galos, sino también en la Galia Cisalpina y en el Danubio habitado por los galos.

César, al describirnos los usos y costumbres de los galos y germanos, nos dice que la ciencia druidica fué inventada en Bretaña y que de allí pasó a la Galia.

San Gerónimo, creía que la religión de los sacerdotes druidas era una de las más sensatas del paganismo. Ense-

(1) Platón, 9 Rom. 97.

fiaban los druidas que el alma era inmortal y de su existencia en otro mundo, no siendo la muerte más que el punto o momento de separación de dos existencias. Esto mismo nos lo dicen los grandes historiadores, César, Valero Máximo, Licarno, Cicerón, etc.

La ciencia de estos charlatanes llamados arúspices, no sería otra, en el fondo, que escoger el momento para ofrecer un preságio favorable.

Catón (1), solía decir que no comprendía como un arúspice podía mirar a otro, sin reirse.

## Ceremonias

La ceremonia del sacrificio de la víctima humana era extraordinariamente complicada. A ellas eran invitadas las más relevantes personalidades o que ejercían altos cargos, a fin de que estas elevasen también sus ofrendas a los dioses.

Los hombres, cuyo honor había sufrido alguna mancha o dado pruebas de poco valor o cobardía, no eran admitidos a estas ceremonias.

Si Plinio (2) y Diodoro de Sicilia (3) nos dan amplísimas noticias de estas ceremonias, no hay ningún historiador moderno que reúna mayor número de datos que Maury (4). También Estrabón (5) nos relata muchas de las ceremonias de tales sacrificios. Lo mismo nos lo dice Atene (6) y Pro Fonteius (7).

En tiempo de guerra se escogían por sorteo, entre los prisioneros, los que debían ser inmolados. Cuando una calamidad pública azotaba la nación, la víctima era escogida entre los ciudadanos y sería el mismo jefe, si se pudiese suponer que había sido él quien excitara la cólera de los dioses.

(1) Catón, Cic. Nat. Deor. I, 26.

(2) Plinio, Lib. XXVIII.

(3) Diodoro de Sicilia, Lib I, vers. 31.

(4) Maury, «Religions de la Grèce».

(5) Estrabón, Geog. III, 3.

(6) Atene, IV, 31.

(7) Pro. Fonteius, X, 14-21.

Revestido el augur de su toga de púrpura y sentado en un sitio elevado del altar, llamado *arx*, se volvía del lado de Oriente y designaba con el *litus*, o baston augural, cierta parte del cielo que tomaba el nombre de *templum*.

Los primeros pronósticos ya eran obtenidos por el augur de la manera que la víctima era llevada al altar.

Antes de colocarla, le daban un golpe con una especie de estoque, según nos dice el explícito Estrabón (1), que asegura «que por el modo de caer la víctima ya hacían un vaticinio», y Poseidonio (2) también asegura que la víctima era clavada con una espada a la altura del diafragma y, que según las convulsiones y modo de salir la sangre, ya presagiaban el porvenir.

En el altar, le abrían las entrañas a la víctima con el cuchillo de silex y los sacerdotes leían, en aquellas entrañas palpitantes, los augurios, según el grado de impetuosidad más o menos grande con la cual saltaba la sangre, pero lo más corriente era consultar las entrañas de la víctima y tocar, con ahinco, las venas del pecho. Estrabón (3) así nos lo asegura.

La ceremonia de leer en dichas entrañas se denominaba *extispicum*, y se observaba, en el lugar ocupado por las vísceras, su movimiento y su color. El hígado era la parte de las entrañas que tenía mayor importancia. Un doble hígado, un corazón delgado o pequeño, eran un presagio desgraciado. De todo sacaban pronósticos: de la piel, de los pulmones, de los intestinos...

También nos dice Estrabón que cortaban las manos de los cautivos y que dedicaban la diestra a su divinidad. Que los prisioneros los cubrían con una capa y de ellos sacaban los mismos vaticinios.

Recogida la sangre se rociaba con ella el altar y al pueblo asistente.

Algunas veces auguraban aquéllos sacerdotes precipitando la víctima en un río profundo. Si la víctima desaparecía en el momento de su caída, deducían de ello que a la Tierra le había sido grato el suplicio. Por el contrario,

(1) Estrabón, III 3-6.

(2) Posidonio, apud Diod. V-31.

(3) Estrabón, III, 3, 6 y 3, 7.

si permanecía en la superficie, decían que lo rehusaba. En este caso, se le quemaba en honor del dios *Tbor*. Si el humo se elevaba a gran altura era augurio de que el holocausto había sido agradable al dios.

Y, por último, nos dice Plinio (1) que el género humano debe estar reconocido a los romanos por haber abolido una práctica religiosa tan detestable.

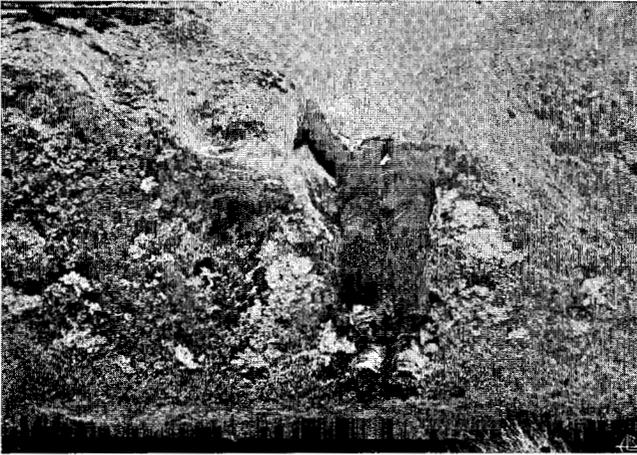
### Itinerario

Para visitar el altar de sacrificios humanos hay que tomar en Ginzo de Límia la carretera que conduce a Baltar, distante 15 kilómetros. Desde Baltar al pueblo de Cobas, por camino de carro, 5,5 kilómetros. Del pueblo de Cobas al altar, también por camino de carro y ascendiendo siempre, hay que recorrer 2 kilómetros.

---

(1) Plino, 30. I. 53 — Dion. 2, 10.

LÁM. I



*Posición de la víctima en el altar*



*El altar, visto desde el Campo de Asambleas.*

LÁM. III



*El altar, visto desde el Sur.*